

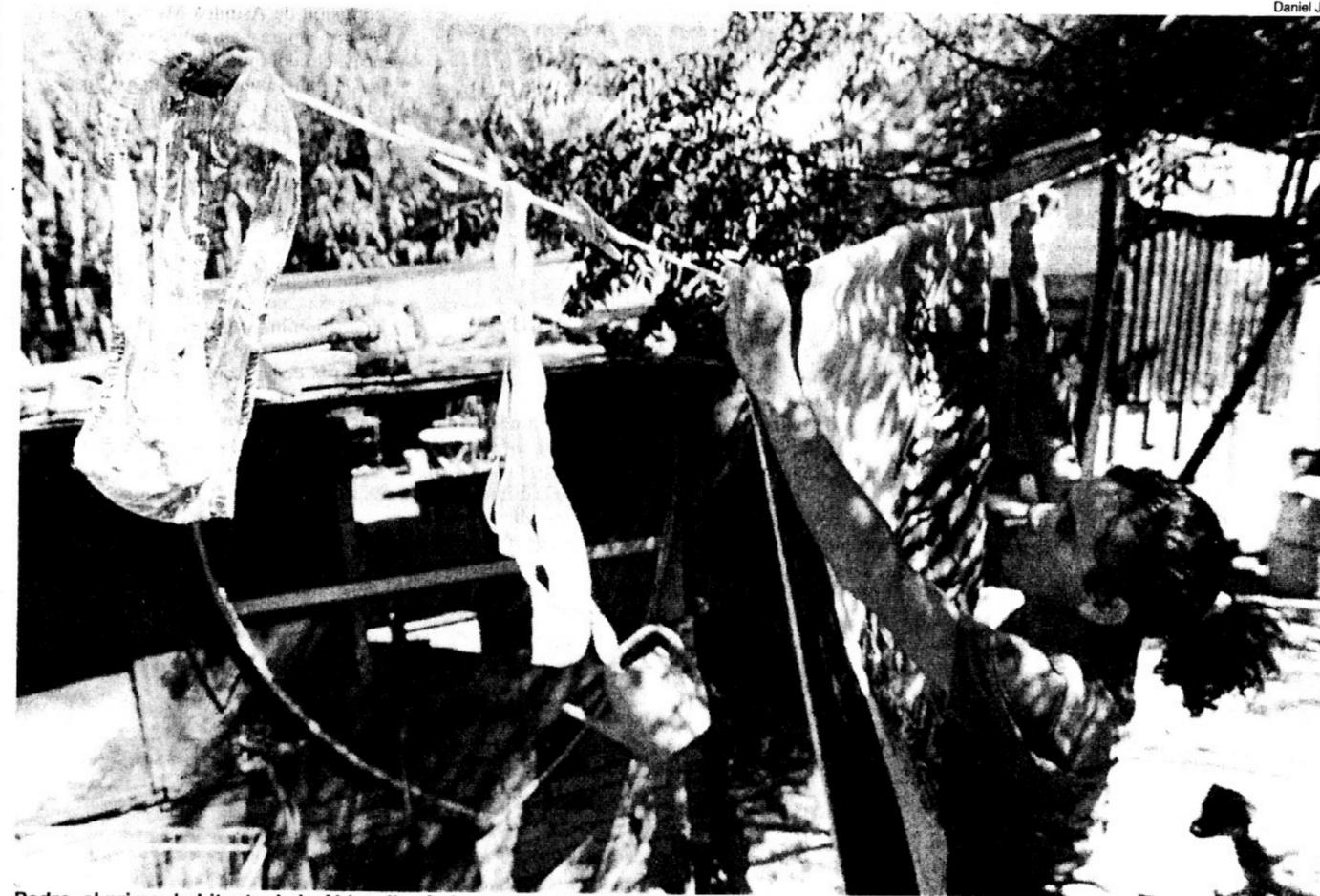
SOCIEDAD

P38.12

Pedro es gay. Su oficio es el cirujeo. Hace cinco años fundó una aldea frente al Río de la Plata. La llamaron Aldea Gay y el lugar está de espaldas a Ciudad Universitaria. Pedro limpió los pastizales bajo un paraíso y armó el primer rancho. Detrás suyo llegó su compañero. A las pocas semanas, fue secundado por un puñado de homosexuales que se abrieron espacio entre colinas de yuyos, totoras y cañaverales. Hoy, el sector gay ocupa un espacio pequeño del monte. En total viven unas ciento cincuenta personas, entre los que hay diecisiete familias. "No hay distinción de orientación sexual entre ellos": la afirmación de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) define la peculiaridad de la Aldea como experiencia pionera. Pero el hecho de que la Aldea exista "reproduce el esquema de discriminación cotidiano de la sociedad", afirman. Hasta ahora funcionó como refugio para quienes se defienden con el cirujeo y el rebusque. En poco tiempo, ya no lo será. Los terrenos los reclama la UBA. "A las familias heterosexuales les prometieron un sitio, a nosotros -dice Pedro- sólo nos van a pagar un hotel por algunos días."

Pedro duda de la prensa. No quiere que del lugar se hable como "Villa Gay". "Acá no hay sólo maricones", argumenta. Tiene el pelo largo atado con un colero fucsia y sobre la frente ancha, varias arrugas delatan sus cuarenta años. "Mirá, no sé por qué te atiendo". El gruñido del anfitrión se entiende más tarde. "Hace dos años, una revista hizo una nota, nos destrozaron. Un viernes salió la edición y el domingo teníamos a la cana medida en todos lados. Nunca más nos dejaron tranquilos."

La Aldea se armó hace cinco años cuando llegó Pedro y puso el rancho bajo un árbol de paraíso. Normalmente "dormía en la calle, en las estaciones", confía. Los montes están frente al Río de la Plata. "Desde hacía tiempo conocía el lugar, venía normalmente a buscar chatarra entre los escombros de la AMIA." Un viejo compañero de ruta le mostró el monte y Pedro se juró vivir alguna vez bajo el paraíso. Así lo hizo. Chapas y maderas conseguidas por su oficio de busca le sirvieron para armar el techo propio y el de su compañero que también se llama Pedro. "Es que hace ocho años que estoy con él", se estira satisfecho. Detrás de la dupla se acomodaron en la Aldea otras parejas. "Eramos todos maricones,



Pedro, el primer habitante de la Aldea, llegó cinco años atrás junto a su pareja. Antes de vivir aquí "dormía en la calle, en las estaciones", cuenta.

LA COMUNIDAD SE FORMO EN TIERRAS DE LA UBA PERO DEBEN IRSE

Una aldea gay junto al río

y los maricones no querían a ninguna mujer aquí", dice.

La primera mujer

"Una noche de tormenta sobre el terraplén de enfrente vimos a una mujer con una criatura en brazos. Hacía frío y Juan no podía soportar verla ahí acurrucada y helada. '¿Me acompañas? -me pidió-, yo voy a decirle que se venga a pasar la noche'." Pedro se acuerda del encuentro y adelanta que no fue sólo una noche, sino también las que siguieron. "Mirá, nosotros somos todos maricones. No te vamos a hacer nada. Si querés podés venir ahí enfrente, te ponemos un colchoncito y te quedás a pasar la noche." Pedro vuelve a relatar y se desploma de risa. "Algunos maricones se enojaron por la noticia. A todos les advertimos que a ella no se la tocaba." Al otro día le habían conseguido chapas y tras fundear un sector de yuyos armaron el refugio. Fue el primer rancho de una mujer en la Aldea Gay.

Podría decirse que Pedro es el cacique de la Aldea. Pero también el "cuida". "Yo tengo registrados todos los nombres de los que viven acá, conozco a cada uno de los que vienen." "Cualquiera llega y me dice: 'Mirá ¿puedo pasar la noche o me hago un lugarcito acá?' Y la respuesta siempre es afirmativa."

La convivencia

"Me voy para mi casa que tengo todo desordenado." A pesar del anuncio, a Robocop le cuesta arrancar para su rancho. También es gay y uno de los primeros habitantes de la Aldea. Acaba de terminar su trabajo y matea con el papá de la beba que durante el día queda a su cuidado. La chiquita están un corralito. Por delante un

Los primeros habitantes fueron gays. Les siguieron heterosexuales y ahora ambos grupos conviven en la Aldea Gay, tras la Ciudad Universitaria. Pero deberán partir porque reclaman las tierras.

carretel de cable ganado al río hace de mesa para la merienda. Sus papás son heterosexuales y trabajan limpiando casas. También ellos se refugiaron en la Aldea. "No pueden juntar plata para el depósito y alquilar departamento, además si dicen que viven acá no los toman en ningún lado."

"En el lugar están separados sólo por estilos de vida. Las familias también están preocupadísimas porque se les dé un lugar a los gays", apunta Norberto D'Amico de la CHA para explicar la convivencia. De hecho, la elección del espacio donde asentarse no tiene como objetivo consciente la construcción de una ciudad gueto. "El nombre de la Aldea Gay no fue el propósito del asentamiento. De

acuerdo al estatus social, elegís el barrio donde querés vivir o donde podés hacerlo."

Dos características hacen novedosa a la Aldea. La primera es la convivencia de parejas homosexuales y heterosexuales sin distinción de género. D'Amico ejemplifica: "Laburan juntos, conviven, festejan y se defienden de la policía". El segundo aspecto lo aporta la legisladora Dora Barrancos. "No hay delincuentes, ni mafiosos entre la gente del lugar". De este modo definió a los pobladores ante una consulta con efectivos de la comisaría 51 y tras su propio paso por la Aldea. Actualmente Barrancos se encarga de llevar adelante el tema de los terrenos y del eventual traslado de la gente (ver recuadro).

De profesión, cirujas

"Acá somos todos cirujas, pero ninguno es chorro." Pedro deja la silla, camina algunos pocos pasos. Se detiene junto a un juego de metal fundido, levanta un martillo y explica: "Acá ponemos las latas y las aplastamos sobre la base, a martillazos". Escarba un recipiente con algunos trastos y levanta un redondel de hojalata achicharrada. "Así quedan las latas", que después llevan embolsadas hasta Grand Bourg. Para la faena, hombrean carritos o bolsas hasta la estación de tren que parte desde Ciudad Universitaria. Por 75 centavos venden el kilo de chatarra. "Hace tanto tiempo que lo hacemos -apunta- que cuando llegan las Fiestas nos regalan sidras y pan dulce."

A las cuatro y media de la mañana, una pareja abandona la Aldea para irse a trabajar a la Capital. "Limpiamos casas, pero con lo que ganan no pueden alquilarse nada afuera." Pedro cuenta que algunos de los gays también trabajan afuera, "aunque la mayoría sale a cirujear". Sentado ahora bajo el toldo, el anfitrión estira los brazos. "A mí me molesta que me digan croto, pero si me llaman ciruja no me da vergüenza." Para él cirujear es el trabajo del buscavida. "Armé toda mi casa con el cirujeo, hace un tiempo estaba sobre la avenida Libertador y una mujer me ofreció un colchón de dos plazas." Pedro vuelve a levantarse e invita a recorrer su rancho para documentar lo dicho. La Madre Teresa sonríe desde un retrato que está sobre una columna interior frente a la entrada de la casa. Dos ambientes de apenas cinco metros cuadrados cada uno completan el rancho. A la derecha, separado por cortinas de voile, Pedro y Pedro tienen su pieza.

Producción: Alejandra Dandán.



La beba mira a "Robocop", el hombre que la cuida mientras sus padres trabajan. Son muy pocos los que tienen empleo: la mayoría vive del cirujeo.